

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

MURCIA 9 DE AGOSTO DE 1902

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. . . pesetas 1/3

En Murcia, un trimestre. . . pesetas 1/3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NUM. 895

DE ACTUALIDAD

CAMPOS DE SOLEDAD...

Esto semeja hoy Murcia, casi desierta por la emigración a Cartagena; atraen con atractivo poderoso los toros con Fuentes y «Algabeno» y la incomparable Velada Marítima, festejo de los festejos, admiración de propios y extraños.

Escribimos en medio de una soledad espantosa: apenas se ve circular un alma por las calles: parece Murcia una ciudad en plena epidemia: cuanto aquí quedaba, nos lo arrebataron esta mañana los trenes especiales, que han marchado repletos de viajeros a la ciudad vecina.

¿A qué tratar hoy de nada serio? Apenas habría para ello lectores. Se impone el tema único: el del viaje a Cartagena. Los pocos que no lo han podido realizar hoy, se aprestan a realizarlo mañana, para presenciar la segunda corrida y los fuegos acuáticos, de casi tan brillante efecto como la Velada Marítima.

A reír, a divertirse, a gozar. ¿Quién piensa hoy en nada triste? Hermosos espectáculos de indecible encanto brindan a nuestro sentido; a disfrutarlos pues, y a no acordarse ni aún del calor que tan alta eleva la columna termométrica y nos hace sudar la gota gorda.

Todo, menos permanecer aquí, en esta soledad que espanta a Cartagena, a contemplar los magníficos pabellones de aquella gran feria modernista, que tan raro y para nosotros desconocido contraste ofrece con la mísera feria nuestra, de vetustas y agrietadas casetas que están pidiendo, en aras del buen nombre de Murcia, la purificado-acción del fuego.

INSTANTANEAS

Hasta otro año

La vi una tarde al penetrar al baño, gentil, lechuzante; era aquella mujer la que soñaba en momentos varias veces; al mirarme yo sentí la atracción irresistible hacia el ser ideal que tomé carne en un cuerpo gallardo y prodigioso de tez morena y de pupilas grandes. Buena o mala, bien pura o pecadora no llegó a preocuparme; es ella, la mujer que yo he tenido viviendo entre mis sueños mucho antes, y por eso la miro y me parece que es sangre de mi sangre, que es vida de mi vida, que es la esperanza que halagué constante, que por suerte casual, a mi camino, sin saberlo tal vez, salió a buscarme. Me miró también ella, más de un modo que me inundo de luz purificante; no como mira una mujer coqueta al primero que pasa por la calle, sino como quien duda y se recrea en algún conocido de años hace. Y pasó que atraídos mutuamente, nos fuimos acercando poco a poco, y con cualquier pretexto, que no vale la pena en muchos casos, la sonrisa, un propósito de algún estómago, una bala que llega hasta nosotros, por fin, el abanico que se cae, sirvió a nuestra amistad de medium para hablarla y hablarle. Todos los días voy al mismo sitio y ella con su mirada está esperándome; hablamos de unas cosas que parecen incoherencias sin ritmo, dispartadas; pero que sé yo bien lo que ella dice; y ella lo que hablo yo mejor lo sabe.

No sé por qué, mirando el horizonte que agua y cielo señalan en los mares, siempre sale a mis labios con tristeza igual pregunta que a los suyos sale. —¿Cuándo nos separamos?— ¿Y a otro año nos veremos también? Y es un instante de silencio quien suele contestarla ó un suspiro quien suele contestarme.

Pero al cabo llegó la despedida. Ella fue, no sé donde; otras ciudades nos dieron a los dos nuevos encantos y tal vez, ya no puedan ni mirarse nuestros ojos. Idilios de verano, flores que se marchitan cuando nacen, ilusiones tocadas y perdidas y que han muerto, viviendo más tenaces.

Tú que a la playa vas, niña, quien seas, procura no encontrar tus ideales a la orilla del agua... ¡Si es tan triste como tocar los cielos y estrellarse después en el abismo! Yo ya tengo carcoma para rato, que me late... ¡este sabor amargo de los haños suele durar un año sin quitarse!

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

LA SORTIJA

I
El tren de Burdeos a París acaba de entrar en la estación de Angulema. La parada no era más que de cinco minutos, y había gran movimiento en el andén.

Entre la multitud destacábase un grupo que, acompañado del jefe de estación, buscaba sitio en uno de los coches.

Media docena de niños, uno de ellos mayorcito, y una mujer rodeaban a un anciano de lengua barba blanca.

—¿Por aquí, por aquí! Ahí estará usted muy bien!

—No, más allá!

—En ese coche no hay más que una señora—gritó uno de los niños.

—Suba usted ahí, Sr. Davenel—dijo el jefe de estación.

Los empleados cerraban las portezuelas, y el anciano, que ya había subido al coche, se despedía de sus acompañantes, asomado a la ventanilla.

—Hasta el año que viene!

—Sí, sí... ¡Con tal de que me cuente entre los vivos! ¡Soy ya tan viejito!

—No, no; es usted joven todavía; es usted eterno...

El silbido estridente de la locomotora sofocó el rumor de la multitud y el tren partió precipitadamente.

II
Davenel miró a la señora que le acompañaba y que, al parecer, dormía con un libro entre las manos. Un velo le ocultaba el rostro, lo cual no fué obstáculo para que el anciano notara que, como él, tenía la cabeza completamente oca.

Davenel cerró los ojos y se puso a meditar.

¿Volvería al año siguiente a pasar una temporada en la población de donde acababa de partir?

A los setenta y ocho años, hay motivos sobrados para temer a la muerte.

Davenel había recorrido el mundo entero y residido muchos años en América, donde había emprendido inmensos trabajos de canalización y de construcción de ferrocarriles.

Todo el mundo conocía a aquel célebre ingeniero, hijo de sus obras, que a fuerza de trabajo había llegado a ser uno de los primeros constructores contemporáneos.

Davenel no tenía hogar, ni hijos, ni esposa; su familia consistía en sus sobrinos, con los cuales iba a pasar todos los años una larga temporada.

III
El anciano notó que su compañera de viaje tosía, é instintivamente se levantó para alzar por completo el cristal de una de las ventanillas.

Una voz suave y armoniosa murmuró: —¡Gracias, caballero!

Davenel se volvió bruscamente. Aquella voz no le era desconocida.

—Dispénsame usted, señora—dijo—por no haber alzado antes el cristal.

La viajera no pudo ocultar un movimiento de sorpresa y un tanto emocionada, guardó el más absoluto silencio. A pesar de la oscuridad que comenzaba

ba a reinar en el coche, puesto que la noche se venía encima a toda prisa, los dos viajeros se observaban mutuamente.

De pronto, sin decir una palabra, la desconocida se quitó el velo y descubrió su arrugado rostro, en el cual se reflejaban todavía vagamente los rasgos de su antigua belleza.

Davenel se levantó, y con acento conmovido exclamó: —¿Luisa!

—¿Luisa!... ¡Sí, soy yo!

IV
En lejanos tiempos, aquellos dos seres se habían amado con delirio. Cuestiones de familia impidieron su matrimonio, con grandísimo pesar de los dos amantes.

Luisa sufrió una gravísima enfermedad, mientras que Davenel, loco y desesperado, partió para el extranjero. Y después, durante cincuenta años, no habían vuelto a saber nada el uno del otro.

Davenel tenía el corazón oprimido. En aquel momento renacían en él todos sus recuerdos con tanta precisión como en el primer día, recuerdos encantadores y dolorosos por los cuales había transformado su existencia, destruido su felicidad y permanecido soltero, desdenando casi todos los gozos del alma.

Y miraba con indecible emoción a aquella mujer a quien tanto había amado, convertida en un ser cargado de años, lo mismo que él.

No se atrevía a dirigirle la palabra, temeroso de sufrir demasiado al enterarse de su vida, después del terrible drama de la separación.

¿No valía más la ignorancia completa de cuanto en cierto modo trataba de descubrir?

Tampoco Luisa sabía lo que había sido de Davenel. Quizás al principio se habría enterado por los periódicos de la brillante carrera de su amante, del hombre en quien su familia no había tenido fe porque era pobre. Tal vez suponía que poseedor de grandes riquezas, se habría creado un hogar que le proporcionaba todo género de bienandanzas. ¿No acababa de ver en la estación cómo le coblaban de caricias unos niños que le acompañaban?

—¿Qué cambio al cabo de tantos años! No obstante, se habían reconocido, habiendo bastado para ello una mirada, una palabra cualquiera.

Davenel se armó de valor y dijo: —He deseado siempre que fuera usted dichosa!

—Yo también con respecto a usted! De pronto rasgó el aire un silbido estridente.

—Me quedo en Poitiers—dijo gravemente la vieja.

—¿Sí?

Luisa bajó la cabeza.

El corazón de Davenel comenzó a palpar con rapidez extraordinaria.

—Aquella mujer iba a separarse de él tan pronto, sin darle tiempo para preguntarle!

De pronto se apoderó del anciano un deseo invencible de saber a toda costa cual había sido la suerte de la mujer a quien tanto había amado.

Y Luisa tuvo, sin duda, la misma idea, puesto que preguntó: —¿Es su hijo de usted ese joven mayorcito que le ha acompañado a la estación?

—No, señora—contestó Davenel temblando.—No tengo hijos. He permanecido soltero toda mi vida.

Luisa le miró con insistencia, como para darle las gracias. Estaba demasiado emocionada para hablar.

El tren entraba en la estación y la multitud se apinhaba en el andén.

Davenel se puso a interrogar entonces a su compañera de viaje.

Pero Luisa se limitó a quitarse el guante de la mano izquierda, que, una vez desnuda, tendió a su antiguo amante. La mano izquierda es la mano del anillo de boda, y en los dedos de Luisa no brillaba sortija alguna.

Davenel, radiante de gozo, besó la mano de su amiga.

V
Abriése la portezuela y acto continuo bajó del coche una sombra, que se volvió varias veces y después desapareció entre la muchedumbre.

Y el anciano prosiguió su camino hacia París, hacia su solitario hogar.

Pero lloraba como un niño, considerándose tan dichoso como en otro tiempo, puesto que le constaba que los dos sabían ahora que durante cincuenta años habían permanecido fieles a sus juramentos y a sus recuerdos.

Enrique de Foley.

Juegos Florales en Cartagena

Con verdadera brillantez se verificó anoche en el Teatro-Circo la hermosa y culta fiesta literaria de los Juegos Florales.

El amplio coliseo, adornado con guirnaldas de flores y colgaduras y completamente ocupado por una selecta concurrencia, ofrecía un deslumbrador golpe de vista.

El bello sexo, tenía una representación tan numerosa como encantadora en plateas y butacas.

Comenzó el acto a las diez y media próximamente, dando lectura el secretario del jurado D. Joaquín Izquierdo a un resumen de los trabajos de aquel.

Acto seguido se proclamó el nombre del poeta premiado con la flor natural, D. Plácido Langle, distinguido escritor y abogado de Almería.

El vate laureado, precedido de los maceros del Ayuntamiento y acompañado de la comisión organizadora de la fiesta, se dirigió a la platea ocupada por la bellísima Srta. Angeles Clementón, elegida por aquel, reina de la fiesta.

A los acordes de la Marcha Real se dirigió al escenario la gentil reina, elegantemente ataviada con magnífico vestido de tul blanco, ricamente bordado en plata.

La seguía su Corte de Amor, compuesta de las lindísimas Srtas. Elena La Rocha, Julia Cándido, María Sauvalle, María Luisa Ripoll, Amparo Guzmán, María Rolandi, Antonia Augusto y Agustina Montegriño.

Todas ellas lucían lujosos vestidos de recepción, que realzaban su natural hermosura.

El público, puesto en pie tributó a la joven soberana y a sus damas una entusiasta ovación.

Ocupado el trono por la reina y colocados en sus puestos, el Sr. Langle dió lectura a su poesía premiada, que es un inspirado canto al amor, titulado «Ideal».

Generales aplausos acogieron la lectura galardonada con el premio de honor.

D. Enrique Rodríguez, leyó muy bien a continuación la poesía sobre el lema «Patria», de nuestro compañero de redacción D. Pedro Jara Carrillo.

El público, en reincidentes aplausos obligó a presentarse en escena al autor de la poesía, tributándole una ovación.

De la poesía premiada, sobre el tema «Fides», resultó autor D. Ramón Meilán, director de «El Regional» de Lugo. Fué leída por el Sr. Corral.

De D. Francisco Aroniz, distinguido poeta cartagenero, leyó a continuación el Sr. Rodríguez su oda premiada «A Cartagena», que lleva por título «La canción de un emigrado».

La hermosa composición del Sr. Aroniz, valió a este repetidos y ruidosos aplausos, que se prolongaron durante largo rato.

El premio a la mejor composición descriptiva de la «Velada Marítima», se adjudicó a D. Valentín Aroniz, el cual dió lectura a dicha poesía, que le valió unánimes y merecidos aplausos.

«La poética de Ariscúrsiles», ingeniosa poesía festiva de D. Vicente Toscano Quesada, redactor de «El Español» de Córdoba, fué también leída por el señor Rodríguez.

A continuación se proclamaron los nombres de los poetas premiados con los accesits y premios extraordinarios: el joven poeta de La Unión, D. Juan Pujol, dió lectura a una suya, sobre el tema «Fides», que fué muy aplaudida.

Después se hizo entrega de los premios para obreros, leyendo D. Enrique Vivanco, un buen trabajo en prosa, encareciendo los beneficios de la asociación para el proletariado.

Y tras breves palabras del Sr. Cándido, presidente del Ateneo, comenzó a hacer uso de la palabra el mantenedor de la fiesta, D. Miguel de Unamuno.

El discurso del Sr. Unamuno, discurso doctrinal, de enjundia, labor digna de pensador tan insigne como el sabio rector de la Universidad de Salamanca, fué oído con interés creciente y aplaudido con verdadero entusiasmo.

Para que nuestros lectores tengan una ligera idea de la hermosa oración del Sr. Unamuno, reproducimos a continuación algunos de los principales períodos de la misma.

Decía así el ilustre mantenedor:

Gusto aún más de estos trabajos desde que sobre ellos ha caído algo de la desestima que suele aquí caer sobre todo

aquello que ha perdido el hechizo de su novedad; reducidos a hábito nos atraen con fuerza a los que tiramos a hacer nuevo el sol de cada día y de la vida una creación continua.

Me habeis llamado a una ciudad a la que poco más que de nombre conocía hasta hace poco, con la que no me ataba hasta hoy, lazo especial alguno y es que no me habeis llamado a mí, sino a las tendencias—pues no me atrevo a darles el nombre de ideales—que me empujan y avivan, a los anhelos de un español que entre vueltas, tumbos, arreos, esguinces y rodeos, busca, con otros, luz de nuevos senderos para su patria.

Tengo a la vez por seguro, que esta vuestra llamada, quiere decir, que estimáis han de robustecerse estas fiestas con preocupaciones de algún peso, con las inquietudes que mueven pueden mover al alma nacional, que si son justas literarias, no se contrae la literatura a sólo vaga amenidad, sino que ha de ser espejo del alma toda, retratando sus más entrañados desasosigos. Por haberlo así entendido, más íntimo en vuestro cartel puntos de largo alcance social. Me imagino venir más que a distraerme en un juego, a celebrar un «oficio» de culto patriótico.

Es, además, faltar de balde al pueblo que concurre a estos certámenes el suponer que le enojan ó cansan las pláticas graves; como se hace bien poco honor a la mujer en estimar que su presencia aquí pide mayor trivialidad y fuegos de artificio, como si lo dicho para hombres no puedan oírlo, entenderlo y aquilatarlo ellas. ¡Triste condición la del fetiche! ¡Desgraciada postura la del ídolo fijo al altar y en el preso, al que se sahuma con el barato incienso de fáciles galanterías, más para tenerle sometido a los caprichos del interesado y arbitrario adorador! Y con él se hace lo que en no pocos lugares con la imagen milagrera a que se pide algo; si no se plega a la rogativa ¡al pozo con ella! Quiero hablar, pues, para varones y mujeres, para hombres, dando a esta palabra el ancho sentido en que abarca a unos y otros.

Vosotros que zahondais en las entrañas del suelo patrio de la Isla del Tesoro, escarvándolas para repartir sus riquezas entre los pueblos todos, confiándolos al mar por donde recibís al mundo; vosotros que tenéis en Vicente Medina a un poeta que avizora en los repliegues y recovecos de vuestra alma popular para descubrirle la vena de los sentires, sacárselos y regalarlos luego convertidos en cantares a otros pueblos hermanos; vosotros los hijos de esta ciudad tan entrañablemente española como de veras universal, de esta ciudad que recibió a los africanos de Cartago y de donde para la conquista de Africa zarpo Cisneros, vosotros estais singularmente preparados a la labor que a todos nos toca llevar a buen cabo.

Estais rompiendo las murallas ¡hazaza simbólica! y abriéndoos a la rosa de los vientos. Y con el esfuerzo por ensanchar el cuerpo de vuestra ciudad os esforzais por ensancharla de alma, mandando al extranjero, sin regateo ni tasa, a los maestros de vuestros hijos a que os traigan fresca levadura y contribuyan así a derrocar las murallas espirituales que separan la antigua España, la murada en cincho de berroquena tradición histórica, de la que en torno de ella, pero sobre la misma común roca de sustento ha ido asentándose.

Me recuerda este pueblo a mi pueblo, Bilbao, mercantil y minero también, aquí en el Atlántico, éste en el Mediterráneo, en el Mediterráneo que al abrirse el istmo de Suez dejó de ser mare nostrum europeo. Y lo que dije a mis paisanos os lo digo hoy; la riqueza sin arte es barbarie. Solo vale la riqueza en cuanto promoviendo cultura, librándonos de la pesadilla del diario sustento y haciendo que el porvenir mañana no nos tape el perdurable ahora, nos permite apartar los ojos de la nodriza tierra, desligarnos de ella y volvernos hacia dentro, al cielo, al cielo «espejado» en los abismos de la propia conciencia.

Sé que de la cultura os cuidais, que rendís culto al porvenir encarnado en los niños, que queréis que las tumbas cedan lugar a las cunas, sé que la educación de vuestros hijos, es vuestro mayor quebradero de cabeza y que esta ciudad va a la delantera de la vanguardia en la regeneración educativa de España, sé que haceis de la escuela templo

